

No eres figura, sino aliento. Antonio Serrano Lima. Un recuerdo

Francisco de Asís López Serrano
Archivero Municipal

Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.
Yo canto su elegancia con palabras que gimen
y recuerdo una brisa triste por los olivos.

*(F. García Lorca, de "Llanto
por Ignacio Sánchez Mejías")*

Nos habíamos habituado a él, a su impecable sonrisa, a sus ojos acelerados. Nos habíamos acostumbrado a su elegante entusiasmo, a esa forma suya de inventarse el día y a esas maneras como nos conducía al territorio casi mágico de sus ocurrencias. Nos habíamos impregnado de su alergia a las supersticiones y a los prejuicios, de su intolerancia con la estupidez. Nos habíamos hecho a sus últimos pasos, cadenciosos, diarios, familiares; a su ropaje siempre azul, que anunciaba la nobleza de sus gestos. Nos habíamos convertido a sus creencias, a su fe cómica en la vida; y nos habíamos creído sus fintas a la muerte.

No pudo conjurarla esta vez, y Antonio Serrano se nos ha ido. En noviembre. Y nosotros, extraviados por una costumbre rota, nos vemos obligados a reordenar nuestros sentimientos, a mirar desde otro ángulo lo que significaba esta persona; pero no es posible recordarlo en toda su dimensión. Abundante de sorpresas, rebosante de facetas todas luminosas, no sabría yo trazar un perfil exacto de Antonio Serrano; si acaso, evocar su figura como punto de encuentro de varios mundos, para retener, junto al suyo, el nombre de Encarnita, el de sus hijos, el de sus amigos; retener esas aficiones que ocuparon su tiempo (el deporte, Aspandem, Cilniana). Cada cual lo recordará desde un ámbito diferente, pero todos conservaremos la imagen de un hombre de grandeza y sencillez parejas, dispuesto a hacer una pequeña obra de arte de cada rato en su compañía. Y todos, por supuesto, echaremos de menos el metal de esa voz conciliadora y cercana.

Un hombre apasionado, con unas ganas infinitas de descubrir cosas y compartir esa ex-

periencia con los demás. Su entusiasmo por el deporte aficionó a miles de niños, desde El Puerto de Santa María a Málaga, desde Antequera a Sevilla, y en Marbella. No importaba el instituto o la institución (como tampoco importó la edad de muchas personas a las que transmitió su devoción a la historia y al patrimonio). Con naturalidad, con autoridad y con su acusado sentido de la independencia personal, se dio a organizar y a coordinar a alumnos y a docentes, delegaciones y colegios, con el ímpetu de un agitador, de un entrometido que hurgaba en las escuelas buscando profesores, colaboradores necesarios para sus innovadoras ideas, o sus ideas a secas, o sus intenciones. El Plan Experimental Físico Deportivo, las Escuelas Deportivas Municipales y los Juegos Escolares sirvieron para encauzar su vigoroso espíritu. Diligentemente, se ocupaba de cualquier cosa siempre que fuese de utilidad a alguien. Y era, en la medida en que algo así se pudiera afirmar, feliz, y, en esa misma medida, admirablemente feliz. En definitiva, un hombre sobrado de excelencia, enorme de alegría, que nos enseñó que lo difícil es hermoso de hacer, lo imposible sólo una palabra llana y el fracaso una figura retórica. Parecía mentira ese ajeteo, esa inquietud indomable que ni siquiera la tensión extrema de las cuerdas que sujetaban su corazón disuadió; dos veces se le rompieron y muchas le advirtieron. Ese alma insurrecta recaló en Aspandem (no podía haber un lugar más necesitado de personas como Antonio, socio fundador y participante de todas cuantas tareas se planteaban), y con esas credenciales se presentó un buen día en Cilniana, su última parada, donde de forma inmediata empezó una de las tareas más hermosas que ha conocido la cultura de Marbella.



Nominalmente era vocal de Fotografía en la junta directiva. Un cuento: hacía de todo, como era de esperar. Sorprenderse de él, de lo que se le ocurría, era tan cotidiano como inevitable. Organizó siete concursos de fotografía, diez exposiciones monográficas; publicó catálogos de todas las materias, innumerables folletos, varias memorias y algunos cómics. Contó, desde luego, con unos colaboradores macerados en su propia sustancia (Maruja, Joaquín, Inma, Lina Urbaneja, Lina Rosa, Ana Rubia, Mari Carmen Blanco, Antonio Luna, Javi Jiménez, Kiko); con técnicos capaces que asumían sus constantes improvisaciones cada cual con su mueca (Pepe Moyano, Paco Miñana, David, Enrique Cantos, Graficamar, los Caracuel); con unos presidentes cercanos (Paco Moreno, José Luis Casado, Antonio Rodríguez Feijóo) que avalaron y arroparon sin dudar y sin escatimar medios sus pasos y proyectos; y con un Paco López González que, con su admirable prudencia, le brindó sus conocimientos y ayuda cuando más falta le hizo. A to-

dos recurrió, pero se las arreglaba solo para pelear y conseguir apoyos y subvenciones o para entablar relaciones con otras entidades y grupos.

Fue él quien dio a conocer nuestra asociación en toda la costa. Y por la costa se fue, con armas y bagajes, a montar dos muestras itinerantes –una sobre el sistema defensivo y otra sobre el agua– que han sido dos de las mayores empresas colectivas de esta índole que se han acometido por estos lugares del “ocio y del negocio”. Empresas para las que Antonio, desde la asociación, puso de su parte imaginación, determinación y coraje suficientes como para arrasar con cualquier intento de resistencia municipal. Las consideraba, incluso él, un gran logro. Esas exposiciones fueron el resultado de la colaboración de Acosol y Cilniana. La empresa de aguas nos otorgó una confianza sin límites, y entre ambas (Cilniana y Acosol) se consiguió poner en marcha un proyecto por el que, hay que reconocer, al principio pocos apostaban.

Nunca fue más cierto que con Antonio aquello que dijo un poeta de que con los sueños comienzan las responsabilidades: gusta recordar cómo, mucho antes de imaginarnos en qué se concretaría el proyecto de lo que iba a ser “El antiguo sistema defensivo de la Costa Occidental Malagueña”, Antonio había movilizado a un montón de gente y había conseguido implicar ya a todas las delegaciones de Cultura de la Costa del Sol Occidental. El camino estaba erizado de problemas y no iba a resultar fácil; no sólo era cuestión de ceder un local, se trataba de hacerse oír y ver ante el máximo de ciudadanos posible a través de vídeos, cuestionarios a cumplimentar por los escolares, a los que también iría dirigido un cómic de la historia de la materia en cuestión, conferencias en cada municipio y, por último, un catálogo con artículos *ad hoc* y un rosario de fotografías, mapas, imágenes que Antonio conseguiría a través de sus numerosos amigos y contactos. Detrás de todo ello asomaba su verdadera ambición, convertida casi en obsesión: popularizar lo que era exclusivo de los círculos eruditos y universitarios. Es evidente que lo consiguió. El éxito de estas exposiciones, su formato y difusión, fueron rotundos, como rotundos y meridianos fueron los reconocimientos de los que fue objeto tanto Antonio Serrano como Paco López González y Cilniana. Basta consultar la prensa local y provincial para comprobar hasta qué punto esto es así. Ciertamente, fue su obra más lograda en Cilniana.

No gustaba de reconocimientos a su persona, pero no pudo evitar que el Ayuntamiento de Marbella solicitara en 1980 al Consejo Superior de Deportes la concesión de la medalla al mérito deportivo para Antonio, iniciativa a la que se adhirió todos los colegios de Marbella. El tenor de los documentos que se conservan en el Archivo Municipal relativos a esta petición da idea de la amplia resonancia que alcanzó la tarea a la que se aplicó nuestro amigo. Merecen la pena las declaraciones, porque lo dicen todo: “Esta Alcaldía, haciéndose eco del sentir general de las direcciones de los centros escolares y entidades deportivas, ya puesto de manifiesto en los referidos escritos, abunda y enaltece aún más los merecimientos del Sr. Serrano por la abnegación, entrega, eficacia y espíritu deportivo de que ha hecho gala a lo largo del desarrollo del Plan Experimental Físico Deportivo, que ha estimulado y elevado a altas cotas de participación deportiva a la población en general”. Era el 14 de noviembre de 1980.

En los escritos que los directores remitieron al Consejo se reiteran “el interés, la com-

petencia, los éxitos obtenidos”, “el impulso que dio a los colegios haciendo resurgir la afición por el deporte”, “su incansable atención y ocupación plena incluso fuera del horario escolar”, “las buenas relaciones con los alumnos y demás colegas”, “el trato exquisito”, “la ilusionada entrega”, y varios etcéteras por el estilo.

Más adelante, en 1983, se le tributó una cena homenaje por parte del Ayuntamiento, a iniciativa del entonces concejal-delegado de Deportes, Francisco Martos Vadell. Los argumentos que esgrime para justificar el reconocimiento son, igualmente, dignos de mención: “D. Antonio Serrano Lima, profesor de Educación Física y destacado atleta en su juventud, ha venido realizando una magnífica labor en pro del deporte en Marbella (...). Ha sido el verdadero impulsor y animador para que los jóvenes despertasen de un largo y alarmante letargo, creando las Escuelas Deportivas (...). Ha conseguido poner en actividad a seis mil niños. Su capacidad de trabajo no ha tenido límites”.

Su capacidad de trabajo no ha tenido límites. Ahora ya sabemos que no sólo era su capacidad de trabajo, tampoco restringió su generosidad. Sería eso lo que determinó que Cilniana lo nombrase socio de honor. Si en el artículo 12º de los estatutos se crea esa figura y si se establece que “dicho nombramiento vendrá justificado por sus méritos extraordinarios a favor de la asociación y/o sus fines”, y si la asociación contaba con ese personaje, no podía estar más claro el siguiente paso, no podía ser otra la persona en la que tomara cuerpo dicho precepto. El texto del acuerdo lo enuncia de forma inequívoca: Antonio Serrano Lima “ha desarrollado, desde la fundación de Cilniana, una incesante labor en beneficio de esta asociación, que se ha manifestado en una constante dedicación, más allá de la que como socio o miembro de la Junta Directiva cabría solicitarle”. También se alega que esta dedicación ha dado como resultado “la incorporación de un importante número de socios y ha facilitado la obtención de financiación para las actividades de esta asociación a través de recursos extraordinarios”; que ha entregado gran parte de su tiempo a Cilniana y que “ha puesto a disposición de la asociación sus contactos y buenas relaciones con entidades y particulares que, por su amable carácter, ha sabido granjearse a lo largo de su vida”. Estos argumentos, que, pensando en la personalidad de Antonio, surgen sin rebuscamiento, se hilvanan de forma espontánea y natural, no son argumentos de unos cuantos amigos de Antonio que se quieren dar el gustazo, sino que están refrendados por *todos* los socios de Cilniana; costaría en-

contrar a algún miembro que no avalara la decisión, como imposible es encontrar a alguien que congrege más unanimidades. Siempre habíamos tenido presente quién era el alma y el cuerpo de nuestra asociación; ahora quedaba explícito y redactado.

Y esta unanimidad no sólo la obtenía Antonio en Marbella; fue un hombre muy conocido, querido y respetado desde Málaga a Manilva, como pudimos comprobar durante las exposiciones de Cilniana. En todos los municipios, en sus ayuntamientos, delegaciones de Cultura y demás instituciones no sólo era recibido de forma exquisita, sino que se le profesaba un cariño real, porque todos vieron o supieron ver en él su descomunal envergadura humana; filantropía en su plena acepción. Ciertamente, ser su amigo confería felicidad y prestigio.

Ahora, en justa reciprocidad, porque nos contagió de todos sus sentimientos menos de la tristeza, no vamos a afligirnos. Antes que contristarnos, mejor sería guardar silencio, que a veces es palabra más eficaz y orador más elocuente que la aflicción. Y aunque hayamos tenido que recurrir a este largo discurso para ensalzar con justicia los valores, avatares y vicisitudes

de su biografía, lo que cumple realmente es alegrarnos de haber compartido un pedazo de nuestras vidas con un hombre capaz de transmitir latido a tantos corazones; y era capaz de transmitirlo porque el suyo, como decía Rilke, “pertenecía infinitamente a los dioses”. Lo que cumple es sentirnos satisfechos por haber participado de una aventura del calibre de Cilniana junto a alguien que se comprometió hasta dejar de vivir para sí mismo y entregar su espíritu y su casta a cuantos le rodeamos; un hombre que más que figura, fue aliento. Por ello, lo que cumple, al fin, es hacer los deberes con decisión, sin vacilar; hay que apretar los dientes y seguir adelante. Un hombre de su estirpe, educado en unas virtudes humanas más fuertes que una trágica y supuesta claudicación ante la muerte, no hubiera tolerado que la suya esparciera ni un milímetro de sombra a la vida de nadie. Por eso, quizá sea de rigor que si él enfrentaba su muerte de forma casi rutinaria, le hagamos creer que nosotros también. Eso es: hagámosle creer que estamos enteros, que somos de una pieza; que ni el estado de ánimo se nos cuarteaba ni se nos ha muerto el cielo. Que no se crea que estamos paralizados; al contrario: sigamos trabajando como si tal cosa y celebremos haber sido sus amigos. Su recuerdo, la belleza de su imponente recuerdo así lo exige. ■



Francisco Javier Moreno, Antonio R. Feijóo, Antonio Serrano, José L. Casado y Francisco de A. López Serrano, el 4 de marzo de 2005